

PUEBLO. ¡Viva el parlamento! ¡viva el señor Cromwell! ...

ATHOS. ¡El rey condenado á muerte!

D'ART. ¡Vamos, Athos, no desmayéis: que mil demonios! aun no está perdido todo; un gascon tiene mas de un ardid en la mollera. Todavía vamos á ver.

ATHOS. Amigo mio, ya para el rey está todo concluido.

D'ART. Y yo os digo que no.

LOS GUARDIAS. ¡A la espalda! ¡a la espalda!

PAR. (*Saliendo el primero.*) ¡Sire, por el amor de Dios! cuando salgais no mireis á vuestra derecha. [*Procura distraer la atencion del rey que baja por la escalera del parlamento.*]

REY. ¡Y por qué no, mi fiel Parry!

PAR. ¡Oh, mi rey! Yo os suplico que no mireis ...

REY. ¡Pues qué es lo que hay allí?

PAR. ¡Ah! ¡qué os importa?

REY. ¡No acabas de oír que me echaban en cara el que nada haya visto por mí mismo? Parry, no mas treinta y seis horas me quedan de vida, y quiero ver. (*Da de mano á Parry y mira al bastidor.*) ¡Ah sí, el hacha, el hacha! espantajo ingenioso y muy digno de aquellos que no saben lo que es un caballero. Sabe, pues, hacha del verdugo, que tú no me amedrentas, [*da con su caña en el tajo*] y que yo te hiero, esperando paciente y cristiano que me vuelvas el golpe. Vamos, (*echa á andar*) ¡cuánta gente, y ni un amigo!

ATHOS. Salud á la majestad caida. (*Tu multo.*)

PUEBLO. ¡Fuera! ¡Muerte á los Estuardistas!

CARLOS. ¿Qué he visto?

D'ART. Y PORT. [*Arrojándose de cada lado de Athos.*] ¡Atras!

ARAM. (*Deslizándose cerca del rey.*) Sire, aun no está perdido todo; nosotros vigilamos.

TOM. ¡Salud! ¡qué es lo que ese hombre dice? vas á ver ¡oh majestad! cómo Tom Lowe te saluda. [*Agarra una piedra que arroja al rey, y lo detienen.*]

CARLOS. ¡Desgraciado! por una media corona hubiera hecho lo mismo con su padre.

ATHOS. [*Queriendo tirarse á él.*] ¡Oh miserable!

D'ART. Callad, Athos, que este hombre corre de mi cuenta.

CARLOS. ¡Dios mio! Dadme resignacion y fortaleza; sostenedme hasta el término de mi martirio.

REINA. No, no, dejadme, quiero verlo, quiero hablarle.

ATHOS. ¡Cómo, la reina en Lóndres!

ARAM. Conde, tened un poco de paciencia.

REINA. ¡Carlos, mi rey! (*Se precipita por entre la multitud y llega á Carlos.*)

CARLOS. Enriqueta, tú aquí, ¡mi ángel adorado! ¡ah! ahora ya puedo morir, pues te vuelvo á ver.

TOM. Una mujer, alguna querida, alguna cortesana; paso á la querida de Estuardo.

CARLOS. Os engañais, esta es... no, no es ni una cortesana ni mi querida; (*Le arranca el velo*) Es vuestra reina. Saludadla todos; ella no está condenada. [*Profundo silencio.*] Gracias, corazón puro, fiel y sincero, para quien no ecsiste la adversa fortuna; para quien la embravecida y borrascosa mar, es un verjel salpicado de flores. Sí, ángel del cielo, tú, semejante á los enviados del Señor, te complaces en cernerte sobre los abismos que están á sus pies. ¡Gracias, Dios bueno! ¡gracias adorada esposa!

REINA. ¡Carlos mio, bendecidme!

CARLOS. ¡Oh! sí, yo os bendigo con toda la efusion de mi alma. Sí, recibid la triple bendicion del infeliz rey que va á morir. Yo te bendigo como reina, te bendigo como esposa, y como madre te bendigo. Tu martirio va á ser mas doloroso que el mio, porque tú vivirás, y tú...

REINA. ¡Dios mio! ¡Dios mio! protegedle.

CARLOS. [*Besándola en la frente*] Ahora, insultadla, si os atreveis. Vamos, señores, ya os sigo. (*La reina quiere seguir á Carlos, Athos y Aramis la hacen entrar en la posada de la Cuerna del Ciervo. Carlos se aleja, lo siguen todos, excepto los cuatro amigos y Tom Lowe que se queda con uno de sus compañeros.*)

UN HOMBRE. Haz hecho muy mal en insultarlo, Tom. A mí me daba compasion.

TOM. Porque tú tienes el corazón de un cobarde: si se vuelve á repetir la escena, vuelvo á hacer lo mismo.

HOMB. Lo creo; adios. [*Vase.*]

TOM. ¡Qué quereis! [*Procurando pasar y encontrándose siempre con alguno al paso.*]

D'ART. Voy á decírtelo.

TOM. ¡Eh! [*Retrocediendo hasta Porthos.*]

D'ART. (*Tocándole con el dedo en el pecho.*) Tú has sido un cobarde; has insultado á un hombre sin defensa, y vas á morir. [*Se echa al hombro el embozo de su capa, y tira de la espada.*] No, nada de hierro: la espada se desenvaina entre caballeros. Porthos, apartad á ese miserable de un puñetazo. [*El hombre retrocede, Porthos y él entran en el bastidor: se oye un grito y el ruido de un cuerpo que cae.*]

D'ART. Así morirán todos aquellos que olviden que un hombre entre cadenas, es una cabeza sagrada.

ATHOS. Y que un rey cautivo, es dos veces el representante del Señor.

PORT. [*Entrando.*] Me sorprenderá mucho que se vuelva á levantar.

D'ART. Ahora que cada cual esté listo.

TODOS. ¡Pues qué hay!

D'ART. Tengo un proyecto.

## CUADRO VII.

La sala de White Hall. A la derecha una ventana, á la izquierda una camilla para descansar. En el fondo una puerta.

### ESCENA I.

El REY, PARRY adormecido en un sillón, luego ARAMIS y el coronel TOMLINSON.

REY. (*Deteniéndose delante de Parry.*) ¡Duermes! El sacrificio y el cariño han cedido á la fatiga. ¡Pobre viejo servidor! El me ha acostado en mi cuna; él me acostará en mi sépulcro. Duermes, fiel Parry, duermes, mientras á mí me parece que sueño, y que cuanto me ha sucedido de quince dias acá, no es mas que un delirio de mi febril imaginacion. (*Va á la ventana.*) Pero no, no hay tal delirio, todo es realidad. Veo relucir los mosquetes de los centinelas, y veo unos hombres que trabajan al pié de esta ventana. Ayer fui condenado por el parlamento, y hoy me hallo prisionero en White Hall, y estos son los retratos de mis antepasados, que parece que se animan para verme morir. Tranquilizaos, nobles abuelos míos, tranquilizaos, que quedareis contentos y satisfechos de vuestro hijo. [*Se sienta delante de una mesa.*] ¡Ay de mí! si en estos momentos supremos, tuviera al menos para que me asistiese una de esas lumbreras de la Iglesia, de alma pura é ilustrada, que ha sondado ya todos los misterios de la vida, y todas las pequeneces de la grandeza humana, tal vez su voz ahogaría la voz de un padre y de un esposo que se lamenta en el fondo de su alma. ¡Ah! pero quizás será un clérigo cualquiera, un ignorante á quien tal vez mi caída habrá cortado la carrera y la fortuna; que me hablará de la muerte, de la eternidad, y de Dios, de la manera trivial que él ha hablado á otros moribundos, sin que comprenda su alta mision en tan terrible trance, y sin que pueda figurarse que este moribundo real, tiene mas objetos que sentir que el comun de los hombres, en este miserable mundo, del cual se le arranca violentamente. [*Da la hora.*]

PARRY. [*Despertándose.*] ¡Dios mio! perdón, Sire, perdón, me he dormido; pero en medio de mi sueño he oído dar la hora. ¡Qué hora es, Sire!

CARLOS. Las seis: tranquilízate, aun hemos de estar juntos algunos instantes. Hasta las ocho.

PARRY. ¡Oh! mi rey... me parece que no osarán cometer semejante sacrilegio.

REY. ¡Qué te han dicho respecto de mis hijos!

PARRY. Que V. M. podrá verlos.

13—TEATRO.

CARLOS. ¡Y respecto de mi confesor!

PARRY. Que una vez que V. M. habia elegido al señor Juron, éste recibiria la órden para poder venir aquí; tropiezan, sin embargo, con una dificultad. Su puritanismo se espanta al considerar que un sacerdote debe acercarse á V. M. con hábitos eclesiásticos. Ecsijen que el señor Juron se presente aquí en traje seglar.

CARLOS. ¡Y él ha consentido!

PARRY. Por satisfacer los últimos deseos de V. M., ha dicho que á todo estaba dispuesto.

CARLOS. Vaya, son menos malos de lo que yo creía. Parry, no he cerrado los ojos en toda la noche, y estoy muy fatigado.

PARRY. Sire, echaos un instante en vuestro lecho, que yo os guardaré el sueño; y creo que vuestros verdugos tambien lo respetarán.

CARLOS. Sí, voy á reposar un solo instante, para recobrar mis fuerzas. (*Se acuesta, se oye clacar cerca de la ventana.*)

PARRY. ¡Válgame Dios! Esto solo nos faltaba.

CARLOS. Parry, ¡no podriamos conseguir que estos obreros no golpeasen tanto! (*El ruido aumenta.*)

PARRY. Sí, Sire, voy á suplicárselos. (*Abre la ventana.*)

CENTIN. ¡Atras!

PARRY. Perdonad, me asomaba solo para decir á esos trabajadores que S. M. les suplica no hagan tanto ruido.

CENT. Si no es mas que eso, decídselos.

PARRY. Amigos míos, ¡me haceis favor de no meter tanto ruido! El rey duerme y tiene necesidad de reposo. (*Preséntase Athos, y le pone el dedo en la boca.*) ¡El señor conde de la Fére!

LA VOZ. [*De d'Artagnan.*] Está bueno; dí á tu amo, que si duerme mas ahora, dormirá mejor mañana á la noche.

PARRY. [*Retrocediendo.*] ¡Si estaré soñando!

[*Cierra la ventana.*]

REY. ¡Qué dicen!

PARRY. ¡Sabeis quién ese obrero que mete tanto ruido!

REY. ¡Cómo quieres tú que lo sepa! ¡Qué razon tengo yo para conocer á ese hombre!

PARRY. Pues es, Sire, el conde de la Fére.

REY. ¡El conde de la Fére entre esos trabajadores! ¡Estás loco Parry!

PARRY. Sí, Sire, entre esos trabajadores; y seguramente está allí con intencion de hacer un agujero en la pared.

REY. ¡Chito! ¡Tú lo has visto!

PARRY. Y V. M. lo habria visto tambien, si hubiese mirado del lado de la ventana.

REY. [*Bajando de la cama.*] Me parece que fué él quien me ha saludado, cuando salia del parlamento.

PARRY. Sí, Sire, él mismo.

REY. Por mas que mis verdugos me llamen tirano; un hombre á quien en la desgracia se le tributan tantos homenajes de con-

sideracion y de respeto, no puede menos que ser vengado por la posteridad.

PARRY. ¡Sire!...

REY. ¡Qué hacer!

PARRY. Oigo ruido en el corredor.

REY. ¡Quién será!

UNA VOZ. El señor Juron.

## ESCENA II.

*Los mismos, ARAMIS, luego el coronel TOMLINSON enbozado en una capa negra y con un sombrero de ala ancha.*

REY. Muy bien venido, Juron. Vaya, Parry, ya no llores; mira como Dios viene á visitarnos: entrad, padre mio; venid, mi último amigo; no me esperaba yo que os permitiesen el verme.

ARA. ¡Quién es este hombre, Sire?

REY. Parry, mi antiguo criado, un hombre consagrado á mí, y al que os recomiendo despues de mi muerte.

ARA. Siendo Parry, nada tengo que temer. Permitidme, Sire, que despues de saludar á V. M., os diga la causa que aquí me trae. *(Se describe.)*

CARLOS. ¡El caballero d'Herblay!... ¡Cómo habeis podido llegar hasta aquí! ¡Gran Dios! si os reconociesen, estabais perdido.

ARA. Sire, no penseis en mí, sino en vos; ya lo veis, vuestros amigos no os abandonan.

CARLOS. Ya lo sabia, pero yo apenas podia creerlo.

ARA. ¡Lo sabiais, Sire!

CARLOS. Parry habia reconocido al conde de la Fére entre los trabajadores.

ARA. En efecto.

CARLOS. ¡Pero cómo es eso! Explicadme este enigma. ¡Está él solo!

ARA. No, Sire, le acompañan otros dos amigos que se han adherido á vuestra causa.

CARLOS. ¡Pero qué habeis hecho, qué pensais hacer!

ARA. Ayer tarde, Sire, cuando las carretas de los carpinteros se detuvieron delante de las ventanas de V. M., debéis haber oido un grito.

CARLOS. Sí, me acuerdo.

ARA. Aquel grito lo dió el gefe de las obras públicas; una viga habia rodado de la carreta, y le rompió la pierna.

CARLOS. ¡Y despues!

ARA. Para que la tarea se hiciese con mas prontitud, él debia llevar al maestro carpintero cuatro obreros; pero como la herida le obligó á enviar en su lugar á uno de aquellos hombres, con una carta de recomendacion, nosotros compramos aquella carta, y con ella nos presentamos al maestro carpintero que con ella nos recibió muy bien.

CARLOS. ¡Pero qué esperanza teneis de!...

ARA. ¡V. M. dice que ha visto al conde de la Fére!

CARLOS. Sí.

ARA. Pues bien, el conde de la Fére se ocupa de horadar la pared. Debajo de la ventana de V. M., hay un cancel, semejante á un entresuelo; el conde se mete en este cancel, levanta una tabla del piso, se cuela por ahí V. M., se ajusta de nuevo la tabla; V. M. va á salir á una de las escaleras del cadalso. Ahí está preparado un traje de obrero, os lo poneis, descendéis luego con nosotros y al mismo tiempo que nosotros....

CARLOS. Pero para esa operacion, seria preciso mucho tiempo,

ARA. El tiempo, Sire, no faltará.

CARLOS. Olvidais que á las ocho....

ARA. Sí; pero á las ocho no se encontrará al verdugo.

CARLOS. ¡Pues dónde está?

ARA. En una sala baja de la posada de la Cuerna del Ciervo, y muy bien custodiado por nuestros tres lacayos.

CARLOS. En verdad que sois unos hombres prodigiosos; y si tales cosas me hubieran contado, estad seguro que no las creeria; pero supongamos que me evado de la prision; ¡y cómo podriamos luego verificar nuestra fuga! ¡Con qué medios contamos?

ARA. Hemos fletado una falúa que nos aguarda, velera si las hay: estrecha como una chalupa, y ligera como una golondrina.

CARLOS. ¡Y en qué parte está?

ARA. En Greenwich. Hace tres noches que el patron y los marineros están á nuestras órdenes. Y una vez á bordo, nos aprovechamos de la marea; bajamos el Támesis, y dentro de dos horas estamos en alta mar.

CARLOS. ¡Y quién ha formado ese proyecto?

ARA. El mas diestro, el mas valiente y quizá tambien el mas adicto de nosotros cuatro á V. M., el caballero d'Artagnan.

CARLOS. ¡Un hombre que no conozco! Sin duda, Dios bueno, no quereis que yo muera, pues que haceis en mi favor semejantes milagros.

ARA. Ahora, Sire, no olvideis que nosotros estamos consagrados á salvaros. Espiadlo, pues, todo, oídlo todo; la menor señal, el mas mínimo gesto, y hasta el canto de aquellos que se acerquen á V. M.; nada desprecieis como fútil ó insignificante, comentadlo todo, que todo puede interesaros.

CARLOS. ¡Qué podria yo deciros, caballero! No hay en mí palabras, por elocuentes que fueran, y aunque saliesen de lo mas profundo de mi corazon, que pudiesen explicar nunca mi tierna gratitud. Si os salís con vuestra empresa, no os diré por cierto, salvais un rey, no; la corona, vista desde donde yo la miro, es bien insignificante para mí; pero vos conservareis un marido á su mujer, un padre á sus hijos. Caballero, dadme vuestra mano.

ARA. ¡Oh, Sire!...

CARLOS. ¡Y en dónde está la reina? ¡Qué hará esa infeliz mujer en medio de tantas angustias! ¡Qué habrá sido de ella!

ARA. Cuando V. M. dejaba la plaza de

Wintte Hall, sustrajimos á la reina de aquel pavoroso sitio, no permitimos que presenciara tan funesto espectáculo, y la llevamos á nuestra posada. Apenas tuvo noticia de nuestros proyectos, que nos dejó precipitadamente y desde entonces no la hemos vuelto á ver.

CARLOS. ¡Pobre Enriqueta! ¡Qué habrá sido de ella!

EL CORONEL. *(Tomlinson entrando.)* ¡Habeis ya concluido, señor!

CARLOS. ¡Y por qué tanta prisa, señor coronel Tomlinson!

CORONEL. Porque una mujer que trae un salvo-conducto del general Cromwell, solicita hablaros.

CARLOS. ¡Una mujer! ¡Quién será! Hacedla entrar, señor.

CORONEL. No olvideis que no falta mas de una hora.

CARLOS. No, coronel.

CORONEL. Entrad, señora. *[Cierra la puerta.]*

## ESCENA III.

*Dichos, la REINA: despues un escribano, el CORONEL y los hijos del REY.*

REINA. ¡Carlos mio!...

CARLOS. ¡Tú aquí, Enriqueta!... ¡Es imposible! ¡Dios mio! O mis ojos me engañan, ó yo soy tan desgraciado que me he vuelto loco.

REINA. No, mi rey; no os engañan vuestros ojos; no, Carlos, no os habeis vuelto loco.

CARLOS. ¡Quién os ha permitido el llegar hasta mí!

REINA. El general Oliverio Cromwell.

CARLOS. ¡Cromwell!

ARA. ¡Cromwell!

REINA. Ya otra vez me habia dado un salvo-conducto para ir á vuestro campo; pero mi guia me descaminó, y llegamos demasiado tarde.

CARLOS. ¡Cromwell! ¡Y no vacilásteis, no temisteis en ir á pedir un favor á semejante hombre!

REINA. Yo solo temia, Carlos mio, el no volverte á ver. Sabiendo los proyectos de nuestros fieles amigos, preciso era que yo viniese aquí; y para conseguirlo no tenia mas de una esperanza.... Cromwell. Ademas, persuádetes que ese hombre no es lo que creéis, y si lo es ¡Dios mio! su semblante por lo menos es impenetrable. No hace mucho, ahora mismo, cerca de él, tu Enriqueta, con la vista fija en sus ojos; tu Enriqueta, de quien tú eres el ser y la vida, sondando en los repliegues de aquella alma, le ha preguntado, le ha suplicado, le ha conjurado, en fin, y.... creedme, Carlos, creedme, caballero; él lejos de aplaudir esta muerte pública, terrible,

infamante, él rechazaba tan horrorosa muerte. Y con la mano puesta sobre el libro sagrado, tan sagrado para él como para nosotros; porque este libro es la misma palabra de Dios; me ha jurado que no deseaba mas que vuestra salvacion y vuestra libertad, porque aun para su misma ambicion, le son mas útiles que vuestra muerte. Carlos, Carlos mio; tengamos, pues, confianza en Dios, y creamos que él nos ha reunido para que no nos separemos nunca, y para que yo te acompañe en tu fuga. Para que nos volvamos á encontrar lejos de esta tierra ensangrentada, libres, felices allá en nuestra hermosa Francia, que es mi patria, y que tambien lo será tuya.

CARLOS. Pero en fin, ¡qué te ha dicho!

REINA. Me ha encargado que os repita, Sire, lo que segun asegura, os habia ya hecho saber veinte veces, esto es, que si no habia sido el mas fiel servidor de V. M., habia sido por lo menos, su mas leal enemigo, y la prueba es que no fué del número de vuestros jueces.

ARA. Sin embargo, señora, ha firmado la sentencia.

REINA. ¡La ha firmado!

ARA. Sí.

REINA. ¡Ah Dios mio! Pero podia él obrar de otro modo en el puesto que ocupa, y á la vista de cuantos lo rodean!

CARLOS. Ese hombre es un abismo; pero no importa, mientras el rayo alumbrase ese abismo, ved aquí, Enriqueta, cerca de mí á un amigo, y otro que en este instante.... *(Tocan debajo del piso.)*

ARA. ¡Oís, Sire, al conde de la Fére!

CARLOS. ¡Es él quien toca debajo de mis piés!

ARA. El mismo es, y podeis contestarle *[Toca el rey con su baston.]*

CARLOS. ¡Qué va á hacer!

ARA. Va á pasar la noche en esta manobra. Esta tarde alzaré probablemente una tablita del pavimento, y Parry podra ayudarme por aquí.

PARRY. Pero yo no tengo ningun instrumento con que....

ARA. Tomad este puñal; pero tened cuidado de no embotarlo mucho, porque podreis necesitarlo para ahuecar alguna otra cosa que no sea de piedra.

REINA. ¡Ah! está dando la hora.

CARLOS. *(Escuchando.)* ¡Las ocho!

ARA. Bien veis, Sire, que todo está arreglado para mañana, puesto que á las ocho era el momento fijado.

CARLOS. ¡Ah! mi querida Enriqueta, conserva en tu memoria lo que voy á decirte.

REINA. Habla, mi rey.

CARLOS. Pide á Dios toda tu vida por este caballero que estás mirando; pide á Dios toda tu vida por este otro que está aquí á nuestros piés; pide á Dios toda la vida por esos otros dos que en donde quiera que estén, se lo piensan en salvarme.

ARA. Ahora, Sire, permitid que me ret

re; nuestros amigos pueden necesitar me. Si volviérais á llamar al señor Juron, volveré.

CARLOS. Gracias caballero; y aceptad toda la expresion de mi reconocimiento.

REINA. Caballero, no olvidaré ni un solo instante, que la vida de mi esposo, la debo á vos y á vuestros amigos.

ARA. ¡Ah, madama! Ya es de dia y podrían conocerme: no es por mí por quien yo temo, sino por V. M.; y si se averiguase quién soy, quedaba denunciada la trama.

REINA. Teneis razon, idos.

CARLOS. Hasta la vista, caballero.

ARA. Sire, el Señor os cuida.

REINA. Dispensadme una palabra, caballero... perdonadme; pero ya comprendéis las angustias de una esposa y de una madre: decidme, ese hombre, el verdugo, está bien seducido! ¿está comprado! ¿está en nuestro poder! ¿prisionero! ¿no puede huir?... ¿no puede escaparse, ni salir, ni volver á presentarse!

ARA. De todo os respondo, madama. [Va al fondo, oye pasos en el corredor.]

REINA. ¿Qué ruido es ese!

CARLOS. Parece de tropa armada.

ARA. Vienen hacia aquí, ya se acercan.

REINA. Se abre la puerta. [Se ve á un hombre enmascarado colocarse sobre el quicio.]

REINA. ¡Oh, Dios mio! [Se ve la antesala llena de guardias. Un escribano, comisario del parlamento, entra con Tomlinson. Desarrolla el primero al entrar, un pergamino.]

ARA. ¿Qué significa eso!

ESCRIB. [Entrando.] El auto del parlamento.

CARLOS. Basta; doy por leida la sentencia.

REINA. ¡Y qué, es hoy cuando ha de cumplirse!

ESCRIB. ¡No han avisado al rey que era esta mañana á las ocho!

ARA. ¡Voto al infierno! han dejado escapar al verdugo.

REINA. [Como hablando consigo misma.] Bien me lo habia figurado! todo ello no era mas de la próroga de algunas horas; pero algunas horas mas lo hubieran salvado. Sin embargo, yo habia oido decir... Sin duda me he engañado... ¿Quién era, pues, aquel hombre que acaba de aparecer en el umbral terrible con una máscara negra!

CORONEL. El verdugo de Londres ha desaparecido; pero otro hombre se ha presentado en su lugar: la ejecucion se retardará solo el tiempo que Carlos Estuardo ha pedido para arreglar sus negocios temporales, porque os otros deben estar ya concluidos.

ARA. ¡Dios eterno!

CARLOS. [Abrazándolo.] Valor, caballero; estoy dispuesto para el sacrificio. Lo único que deseo en este momento, es abrazar á mis hijos, á quienes no he visto tres años ha, y á quienes no volveré á ver mas que en el cielo.

CORONEL. Hace un cuarto de hora que esperan vuestras órdenes.

REINA. [Cayendo de rodillas.] ¡Dios mio! Dios mio!

ARA. ¡En dónde está Dios, Sire! ¿Qué hace en este instante!

CARLOS. No así te contristes, hijo mio: preguntas en dónde está Dios, porque tú no le ves, y no le ves porque las pasiones de la tierra te lo ocultan. ¡Preguntas qué hace! Mira en derredor de nosotros, observa tu sacrificio y mi martirio, y creeme, el uno y el otro tendrán su recompensa; culpa á los hombres de cuanto te suceda, y no á Dios. Los hombres son los que me hacen morir, los hombres los que te hacen llorar.

REINA. [Suplicando.] ¡Misericordia, Dios mio! ¡piedad, señor, piedad!

CARLOS. Enriqueta, no enerveis mi valor con vuestras lágrimas que me despedazan el corazon. Ya no sois la mujer de Carlos Estuardo, sois la reina de Inglaterra. [Traen á los hijos del rey.]

REINA. ¡Mis hijos!

CARLOS. Hijo mio; acabais de ver mucha gente en las calles y en los salones de este palacio. Veis aquí todavía una inmensa multitud que nos circunda; pues estas gentes van á matar á vuestro padre. No me digais que lo olvidareis nunca, porque estos mismos tal vez os llamarán un dia para que lleveis la corona que en este momento arrancan de mi cabeza. Si os la ofrecen, no la acepteis hijo mio, siempre que debais entrar en este palacio, escoltado por el odio y la cólera: sed entonces bueno, clemente, olvidadizo; cuando se os figure ver pasar mi sombra bajo estas bóvedas, apartad la vista, porque si vuestro reinado hubiese de ser un reinado de venganza y de represalias, vos no podriais morir, ni aun en vuestro mismo lecho, sin miedo y sin remordimientos, cual yo voy á morir sobre el cadalso. Y hora hijo mio, juradlo, colocadas vuestras tiernas manos entre las mias... [El niño solloza profundamente arrojándose en el pecho de su padre.] Y vos hija mia... [Toma á su vez á la niña Enriqueta.] No me olvidareis nunca. [La princesa abraza á su padre que la toma de la mano y la coloca en los brazos de su madre.] Ahora, Enriqueta, á nuestros hijos no les queda mas que su madre... adios.

REINA. ¡Cómo!... en este instante vivo!... ¡vivo aquí entre mis brazos!... ¡aquí sobre mi corazon, y dentro de un momento!... ¡Ah! no, señores, no... ¡esto es imposible!... Porque, en fin, este hombre es vuestro rey; es el que hace poco era todo poderoso, él que tenía entre sus manos la vida de todo un pueblo; y no se le puede matar, porque es inviolable, es sagrado!... ¡Dios mio! ¡es vuestra imagen sobre la tierra! ¡Dios mio, señor! A vos apelo!... ¡Es mi Carlos, es mi esposo, es el padre de mis hijos!... Hijos míos... hincaos, hijos míos, rogad á Dios por vuestro padre. [Los hijos se arrodillan, la reina quiere arrodillarse, pero le faltan las fuerzas.] ¡Socorro!... me muero! [Cae de rodillas con los brazos extendidos, se desvanece y da un grito.]

CARLOS. Parry... ten cuidado de la reina. [Se ve al hombre enmascarado atravesar el tea-

tro con los guardias. El acompañamiento pasa por la gran ventana de White Hall, y va á colocarse sobre el cadalso, construido en la parte de afuera de esta ventana.)

CARLOS. [Al coronel.] No quiero que la muerte me sorprenda; permitid que me arroddille y que pronuncie estas palabras. Acuerdate tú... entonces... [A Aramis.] Caballero, hacedme el último favor, dadme vuestros brazos. Vamos, señores, ya os sigo. [Pasa á su vez por la galería que está frente á la ventana. La reina vuelve poco á poco de su desmayo, y como que procura recordar lo que ha pasado.]

CARLOS. [En el bastidor.] Acuérdate tú.... [La reina da un furioso grito y vuelve á caer.]

UNA VOZ. [En el bastidor.] ¡Van tres!

## ACTO CUARTO.

## CUADRO VIII.

Una casa aislada á las puertas de Londres. A la derecha una calle de árboles que circunda la casa, á la izquierda una pared de un claustro, arruinada. En el fondo, la puerta de la ciudad. En lontananza se ve á Westminster, con el crepúsculo. Está nevando.

## ESCENA I.

Un hombre embozado en una capa. D'ARTAGNAN, GRIMAUD, BLAISOIS Y MOUSQUETON. Un hombre embozado en una capa negra con un sombrero de ala ancha, caída sobre la máscara, sale de la puerta de la ciudad, y se adelanta con precaucion hacia la casa aislada: se distingue bajo la máscara una barba cana; mira con cuidado en torno suyo y se decide á abrir la puerta de la casa: vuelve á mirar de nuevo y entra bruscamente. Apenas se cierra la puerta, se presenta D'ARTAGNAN en el ángulo de la puerta de la ciudad, y se adelanta rápidamente sobre las huellas del desconocido que ha visto entrar.

D'ART. [Mirando la casa.] Allí ha entrado. [Hace señas á Grimaud, Blaisois y Mousqueton que vienen hacia él.] No hay duda, este es el camino del puerto, para donde nos dimos la cita. Blaisois, ¿tú te acuerdas del camino que trajimos!—Pues bien, corre á la posada y conduce aquí á aquellos caballeros, y nada mas les digas, sino que yo los espero; vé pronto. [Se adelanta hacia la casa.] Por aquí hay una puerta... ¡Si tendrá otras salidas!... [Da vuelta á la casa.]

GRIM. [Mirando al cielo.] Negro, negro como un tizon del infierno.

MOUS. ¡U! qué frio hace!

D'ART. [Volviendo.] Hay otra puerta que da sobre este pretil desierto. Grimaud, cerca de esta puerta hay un guarda ruedas: ocúl-

tate detras de él. [Le habla al oido, Grimaud desemboza su capa y enseña una ancha cuchilla.] GRIM. Sí... [Vase.]

D'ART. Mousqueton: desde esta esquina puedes verlo y oirlo todo; no impidas á nadie la entrada; pero si alguien sale, llama. Voy á hechar una mirada por las cercanías y á reconocer las avenidas de la plaza. A propósito... [Háblale al oido; Mousqueton se desemboza y muéstrale un par de pistolas.] ¡Bien! [Mousqueton se coloca en el ángulo de la casa y alarga el pescuezo de modo que pueda ver la puerta. D'Artagnan se va por la derecha.]

## ESCENA II.

ATHOS, ARAMIS, PORTHOS, BLAISOIS.

ATHOS. ¡Y por dónde nos llevas tú! BLAI. Por el camino derecho, caballeros. ARAM. ¡Voto al demonio! ¡Vencidos por la fatalidad!

ATHOS. Noble y desgraciado rey.—Dios nos ha abandonado en los momentos críticos.

PORT. No os desolen por eso, conde, que todos somos mortales. ¡Pero por qué d'Artagnan no habrá venido aún! ¡Por qué nos habrá enviado á Blaisois, y por qué Blaisois no quiere decir nada! Si le habrá sucedido algo, al bueno de Artagnan!

ARAM. Pronto lo sabremos, puesto que nos envia á buscar.

PORT. Yo, lo perdí de vista, en aquella maldita gazapela; y por mas que he hecho no nos pudimos volver á reunir.

ATHOS. Yo tambien lo he visto, estaba en la primer hilera de la turba, muy bien colocado por cierto, para que nada se le escapase. Y como ese espectáculo era en extremo curioso, habrá querido verlo todo, de principio á fin.

D'ART. [Que á las últimas palabras de Athos ha entrado por la derecha.] Vaya, conde de la Fère, y os parece bien calumniar á los ausentes!

TODOS. D'Artagnan!

PORT. En fin, aquí está ya.

ATHOS. No os calumnió, amigo mio. Estos caballeros estaban inquietos porque no os hallaban aquí, y yo he dicho donde os habia visto. Vos no conociáis al rey Carlos: á vuestros ojos no era mas que un extraño, y ninguna razon teniais para amarlo. [Al decir esto alarga la mano, á d'Artagnan, este finge no verlo, y oculta la suya en su capa.]

PORT. Vaya, pues, ya que estamos reunidos, vámonos.

ATHOS. Sí, dejemos este abominable pais. Ya sabeis que la fátua nos espera: partamos esta noche, ya que nada tenemos que hacer en Inglaterra.

D'ART. Estais muy de prisa, señor conde

ATHOS. Este suelo teñido de sangre, me abraza las plantas de los piés.

D'ART. Pues á mí la nieve no me hace ese efecto.

ATHOS. ¡Pero y qué quereis que hagamos aquí, ya muerto el rey!

D'ART. (Con abandono.) De modo, señor conde, que vos no veis que nos quede nada que hacer en Inglaterra.

ATHOS. Nada, nada mas que dudar de la bondad divina y despreciar mis propias fuerzas.

D'ART. Pues bien, yo criatura ruin; yo estúpido, sanguinario, que he ido á colocarme á treinta pasos del cadalso, para ver rodar mejor la cabeza de ese rey que no conocia, y que segun parece, me era indiferente, yo pienso de muy diversa manera que el señor conde: yo me quedo.

PORT. Os quedais en Lóndres!

D'ART. Sí; ¡y vos!

PORT. (Embarazado.) Yo?... no sé... pero si vos os quedais... como yo solo vine con vos, es regular que no me vaya sino con vos. A buen seguro que yo os deje solo en este horroroso país.

D'ART. Gracias, mi esclente amigo. En tal caso, tengo una empresa de poca monta, que proponeros; y que pondremos juntos por obra cuando el señor conde haya partido; y cuya idea me vino á las mientes, mientras que presenciaba el espectáculo que vos sabeis.

PORT. ¡Y cuál es esa idea?

D'ART. Averiguar quién era el hombre enmascarado que se ofreció tan generosamente á cortar al rey la cabeza.

ATHOS. Un hombre enmascarado!... es decir, que no habeis dejado escapar al verdugo!...

D'ART. El verdugo está todavía encerrado en la sala baja de nuestra posada.

ATHOS. Quién fué, pues el miserable que se ha atrevido á poner la mano en su rey!

ARAM. Un aficionado... un aprendiz de verdugo que aunque bisoño, manejó el hacha con mucha destreza, por que no necesitó dar mas que un solo golpe.

PORT. Estoy furioso por no haberlo seguido! Qué no se me ocurriera eso!

D'ART. Pues eso fué, mi amigo Porthos, lo que yo hice.

ATHOS. Perdonadme d'Artagnan; por que así como habia dudado de Dios, pude dudar de vos igualmente.

D'ART. Ahora vamos á verlo.

ARAM. En fin, qué sucedió?

D'ART. Mientras que yo miraba, no al rey, como ha creído el señor conde, porque demasiado concibo lo que es un hombre cuando va á morir, y aunque estuviese muy familiarizado con esta especie de espectáculos, me son siempre repugnantes; sino mas bien al verdugo enmascarado se me ocurrió, como ya os he dicho, la idea de saber quién era. Así que, como nosotros tenemos la habitud de formar un todo sólido y compacto y de que nos llamemos recíprocamente para ayudarnos, como se llama á la mano izquierda en

ayuda de la derecha; me puse á mirar en torno mio, á ver si Porthos andaba por allí; por que ya á vos, Aramis, os habia visto cerca del rey, y no ignoraba que vos, conde, debiais estar al pie del cadalso; y esto basta para que yo os perdona vuestras injustas sospechas, pues que debeis haber sufrido mucho. En medio de aquella inmensa multitud, pude distinguir á Grimaud, á Mousqueton y Blaisois á quienes hice seña de que no se alejasen. Concluido aquel horroroso espectáculo, ya sabeis como, de una manera lúgubre; retirábase el pueblo, paso entre paso: acercábase la noche, y yo fuí á colocarme con mis hombres en un rincon de la plaza, desde donde observaba al verdugo sin perderlo de vista, quien entrándose en el aposento real se embozó en una capa y desapareció: antojóseme al punto que el hombre iba á salir, y fuí á situarme en frente de la puerta: en efecto, no me engañé cinco minutos despues le vimos bajar la escalera....

ATHOS. ¡Y lo habeis seguido!

D'ART. ¡No, que no! aunque con bastante trabajo. Pero en fin, despues de una media hora de anda y anda, por medio de las mas tornosas y complicadas calles de la ciudad, llego á una casita aislada; todo en ella permanecia en un profundo silencio; ni una sola voz habia que anunciase allí la presencia de persona alguna. Probablemente aquel á quien nosotros seguíamos, debia figurarse que estaba muy solo, porque yo oí el rechino de una llave, abrió en seguida una puerta y el amigo desapareció.

ATHOS. ¡Pero y esa casa?

Todos. ¡Sí, y esa casa!

D'ART. [Señalando la casa.] Esa casa allí está.

Todos. [Queriendo ir á ella] ¡Oh!....

D'ART. [Deteniéndolos.] Esperad. (Bate las manos y se levanta Mousqueton.) ¡Nadie ha salido!

MOUS. No señor.

D'ART. ¡Y ha entrado alguno?

MOUS. No señor.

D'ART. ¡Ni por la otra puerta!

MOUS. No sé, Grimaud es quien la cuida.

D'ART. Anda á relevarlo y que venga aquí. (Mousqueton sale y Grimaud entra un instante despues.)

PORT. Estaba seguro que d'Artagnan no habia perdido su tiempo.

ATHOS Y ARAM. (apretando la mano d'Artagnan.) ¡Gracias, amigo, gracias!

GRIM. (Entrando) ¡Presente!

D'ART. ¡No ha entrado nadie por la puerta que tú cuidabas!

GRIM. Nadie.

D'ART. ¡Ni ha salido nadie!

GRIM. No.

D'ART. ¡Entonces todo se encuentra como cuando yo te dejé!

GRIM. Sí.

ATHOS. ¡Él está en esa sala!

PORT. Efectivamente, allí se ve luz.

ARAM. No seria malo poder mirar por el balcon.

D'ART. Porthos, amigo mio, si fuérais tan bueno, si no creyérais que os humillaba el colocaros aquí para servir de escalera á Grimaud, os suplicaría....

PORT. Qué, nada de eso: vamos pues. (Se pone, Grimaud sube sobre sus espaldas para alcanzar al balcon.)

D'ART. ¡Alcanzas á ver!

ATHOS. ¡Ves algo!

GRIM. Veo.

D'ART. ¡Qué!

GRIM. Dos hombres.

D'ART. ¡Los conoces!

GRIM. Esperad....

D'ART. ¡Qué están haciendo!

GRIM. El uno escribe.

ATHOS. ¡Quién es!

GRIM. Yo creo que es....

ATHOS. ¡Quién!

GRIM. Dejadme ver bien.

D'ART. ¡Por fin!....

GRIM. El general Oliverio Cromwell.

ATHOS, PORT. Y ARA. ¡Qué está diciendo!

D'ART. ¡Me lo sospechaba! ¡Pero el otro, el que nosotros hemos seguido!....

GRIM. No lo puedo distinguir, está del lado de la sombra: ahora se levanta y se acerca al general.... ¡ah! [Da un griso y salta de las espaldas de Porthos al suelo.]

PORT. ¡Quién es, por fin!

D'ART. ¡Lo has conocido! Habla pronto.

GRIM. Mordaunt. [Los amigos dan un grito de alegría.]

ATHOS. ¡Qué fatalidad!

D'ART. Un momento, caballeros, que esto empieza á ser interesante. Vamos, mi bravo Grimaud, vuélvete á tu observatorio y trasmítenos sin dilacion la menor palabra, el mas mínimo gesto que esos hombres hagan. Vos, Aramis, allá á la puerta: vos Porthos conmigo y vos Athos, vigilad por todas partes.

## CUADRO IX.

Interior de la casa de Cromwell.—Sala cerrada con una puerta á la derecha.—Se ve la ventana que da sobre el balcon del mismo lado.

### ESCENA I.

CROMWELL Y MORDAUNT.

MORD. Vuestro honor me habia entregado dos de esos franceses, cuando solo eran culpables por haber tomado las armas en favor de Carlos I; y ahora que han conspirado

contra la Inglaterra, ¡le place á vuestro honor entregarme á los cuatro!

CROMW. Tomadlos.

[Mordaunt se inclina con una sonrisa de triunfante ferocidad.]

CROMW. Y... volviendo á ese desgraciado Carlos, decidme, ¡ha gritado mucho el pueblo!

MORD. Muy poco, si se escuchan las repetidas aclamaciones de: "¡Viva Cromwell!"

CROMW. ¡Y en qué parte estábais vos!

MORD. Me coloqué de tal manera que pude verlo y oirlo todo.

CROMW. Parece que el hombre enmascarado cumplió bien su oficio.

MORD. (Con voz tranquila.) En efecto, un solo golpe fué bastante.

CROMW. Tal vez seria un hombre de la profesion.

MORD. ¡Eso creéis, señor!

CROMW. ¡Por qué no!

MORD. Sin embargo, aquel hombre no tenia trazas de verdugo.

CROMW. ¡Y quién sino un verdugo, hubiera querido ejercer tan horroroso oficio!

MORD. ¡Y por qué no podria ser tambien, algun enemigo personal del rey Carlos, que hubiera hecho voto de vengarse, y que haya cumplido su voto? O tal vez algun caballero que tuviese fuertes razones para odiar al rey caido, y que sabiendo que iba á huir y se le escapaba, se haya colocado de aquel modo sobre su camino, con el rostro enmascarado, y el hacha en la mano; no ya como suplente del verdugo, sino como un enviado de la fatalidad!

CROMW. Es muy posible.

MORD. ¡Y si así fuese, Vuestro Honor condenaria su accion!

CROMW. No soy yo quien debe juzgarlo; ese es un negocio que el interesado ventilará con Dios.

MORD. ¡Pero si Vuestro Honor conociese á ese caballero!....

CROMW. Ni lo conozco, ni quiero conocerlo. ¡Qué me importa á mí que sea este ó el otro!... Desde el momento en que Carlos fué condenado, no es un hombre quien le ha cortado la cabeza, es una hacha.

MORD. Sin ese hombre, empero, el rey se hubiera salvado; vos mismo lo habeis dicho, le iban á facilitar la fuga.

CROMW. Sí, hasta Greenwich. Allí se embarcaba en una falúa, fletada ayer por sus salvadores; pero en lugar de encontrar en esa falúa al patron Cabbre como ellos creian, se hubieran encontrado con cuatro hombres de los mios, y con cuatro toneles de pólvora de la nacion. En alta mar, los cuatro hombres se hubieran metido en una canoa, que habia de llevar la falúa al remolque, dejando al rey y sus salvadores á bordo del barco; y ya vos sois demasiado hábil en política, Mordaunt, para que os explique lo demas.

MORD. Entiendo, en alta mar hubieran volado todos.

CROMW. ¡Justamente! La esplosion habria hecho lo que el hacha no habria querido

hacer. El rey Carlos desaparecería convertido en cenizas, y entonces se hubiera dicho que, escapando de la justicia humana, había sido perseguido y alcanzado por la venganza divina. Nosotros éramos sus jueces y el cielo quien lo habría herido.

MORD. Como siempre, señor, me inclino y humillo delante de vos: sois un profundo pensador, y vuestra idea de la falúa minada, es sublime...

CROMW. No, es absurda, porque ha sido inútil; solo se llama idea sublime la que da el fruto que se desea: una idea que se frustra, es loca y árida. Esta noche ireis, Mordaunt, á Greenwich, preguntareis por el patron de la falúa el Relámpago, le enseñareis un pañuelo blanco con nudos en las cuatro puntas, que tal era la seña convenida entre los franceses y el patron Crabbe. Direis á los míos que desembarquen, y hareis llevar la pólvora al arsenal.

MORD. Todo eso se entiende, siempre que esa falúa, tal cual es, no pueda servir para algun otro proyecto útil á la nacion.

CROMW. Comprendo.

MORD. Ah, milord!—milord!—Dios, al haceros su elegido, os ha concedido su mirada, á la cual nada puede escaparse.

CROMW. [Riendo.] Creo que me habeis llamado milord! esto puede pasar aquí en familia; pero no olvideis que semejante frase en presencia de nuestros puritanos, seria una especie de sacrilegio.

MORD. ¡Pero, no es así como se llamará muy pronto Vuestro Honor!

CROMW. [Levantándose y tomando su capa.] Creo que sí; pero la pera no está aún madura.

MORD. ¡Ya os retirais, señor!

CROMW. Sí, anteayer y ayer he dormido aquí; ya sabeis que no tengo la costumbre de acostarme tres veces en la misma cama.

MORD. Es decir que Vuestro Honor me deja en libertad toda esta noche.

CROMW. Sí, y aun mañana, si os hace falta venir conmigo, Mordaunt.

MORD. Gracias, señor, teneis muchas vueltas que dar yendo por el subterráneo, y ellas me robarian mucho tiempo; y por lo que acabais de decirme, ya tal vez he perdido demasiado; y saldré por la otra puerta.

CROMW. [Apoya la mano sobre un boton perdido en la lapicería y sale por una puerta secreta.] Entonces, adios.

[En el momento que Cromwell desaparece por la puerta secreta, aparece Grimaud. Durante este tiempo, Mordaunt se pone la capa. Toma la lámpara que está sobre la mesa y sale. Se abre la ventana; Porthos y Aramis entran en el cuarto. Un instante despues se ve volver á Mordaunt, pálido, desencajado y retrocediendo con la lámpara en la mano, delante de d'Artagnan, quien con sombrero en mano, va hácia él con la mayor política. Detras de d'Artagnan, entra Athos.]

## ESCENA II.

MORDAUNT, D'ARTAGNAN, PORTHOS, ATHOS, ARAMIS.

D'ART. Señor Mordaunt, ya que hemos perdido tantos dias, corriendo los unos en pos de los otros, no será malo, una vez que la casualidad nos ha reunido aquí, el que conversemos un rato.

MORD. Ya os escucho, caballero.

D'ART. No sé por qué se me figura, señor mio, que vos cambiáis de traje con la misma rapidez y facilidad que los mismos italianos que el señor cardenal de Mazarin hizo venir de Bérgamo, los cuales seguramente os ha hecho ver dias pasados, cuando estuvisteis en Francia.

ARAM. Poco ha estábais disfrazado, quiero decir, vestido de asesino, y ahora...

MORD. Y ahora todo lo contrario, tengo la apariencia de estar vestido como un hombre que va á ser asesinado.

PORT. No sé, señor, cómo podais decir eso, cuando os hallais entre caballeros, y ceñís tan famosa espada.

MORD. No conozco, señor, espada, por buena que sea, que equivalga á cuatro espadas y á cuatro puñales; y eso sin tener en consideracion las espadas y los puñales de vuestros acólitos que os esperan á la puerta.

ARAM. Dispensadme, señor, si os advierto que os equivocais atrozmente. Los que nos esperan á la puerta no son nuestros acólitos, sino nuestros lacayos. Y yo he creído colocar las cosas en su verdadero punto de vista y presentarlas con la mas escrupulosa verdad para que salgais de vuestro error.

D'ART. Pero no es eso de lo que ahora se trata, y yo vuelvo al asunto. Me habia dispensado el honor de preguntaros por qué habiais cambiado de exterior. Me parece que la careta os iba muy bien, y que la barba cana os asentaba á las mil maravillas; y respecto á aquella hacha con la que habeis descargado tan ilustre golpe, tambien me parece que no os estaria del todo mal en este momento. ¡Por qué habeis dejado tan útiles como elegantes arreos!

MORD. Porque, acordándome de la escena de Armentiers, me se figuró que encontraría cuatro hachas por una, puesto que iba á encontrarme colocado entre cuatro verdugos.

D'ART. [Con calma.] Aunque sois, señor, altamente vicioso y corrompido, como sois jóven, esto me excusa de fijar mucho la atencion en vuestros frívolos discursos; y digo frívolos, porque lo que acabais de propalar respecto de Armentiers, no tiene ni la mas mínima conecion con la situacion presente. Vos que sois discreto, conoceis que no podiamos ofrecer una espada á vuestra señora madre, y suplicarla en seguida, que la esgrimiese contra nosotros; pero en cuanto á vos, caballero, en cuanto á un jóven de tan relevan-

tes prendas, que maneja el puñal, la pistola y el hacha con la destreza que hemos visto, y que ciñe una espada de tanta magnitud como esa, nadie hay que no tenga el derecho de pedirle por favor un saludo con el acero en la mano.

MOD. ¡Ah! es decir que nada mas se trata de un duelo.

D'ART. [Con sangre fria.] Perdonadme, y no nos precipitemos. Nada de estrépitos ni violencias; el que mas y el que menos de entre nosotros, desea que las cosas se hagan en regla. Volveos á retirar, querido Porthos, y vos, señor Mordaunt, tranquilizaos, que nosotros arreglaremos el negocio lo mejor que se pueda; y al efecto seré con vos muy franco: ante todas cosas, ¡confesais, señor Mordaunt, que teneis un vehemente deseo de matarnos ó á los unos ó á los otros!

MORD. No, que deseo mataros á los unos y á los otros.

D'ART. [Volviéndose hácia Aramis.] Convieneis, Aramis, en que es un grande honor para nosotros el que el señor Mordaunt conozca tan á fondo los delicados matices de la lengua francesa. Al menos no se podría decir que no nos hemos entendido. [Volviéndose hácia Mordaunt.] Querido señor Mordaunt, os diré, pues, que estos caballeros os agradecen vuestros buenos sentimientos, y que desean pagaros en la misma moneda, porque tendrian un placer inefable en mataros; y añadiré mas, probablemente os matarán; pero siempre como caballeros leales, y la mejor prueba que puedo daros de mi aserto hela aquí. [Al decir esto, tira su sombrero sobre la alfombra, pone su silla contra la pared, indica á sus amigos que hagan lo mismo, y saluda á Mordaunt con gracia.] Estoy á vuestras órdenes, caballero, por que, si no teneis niuguna objecion que hacer contra el honor que yo reclamo, si no lo llevais á mal, soy yo quien debo empezar.

PORT. ¡Alto ahí!—yo soy el que empieza, y sin retórica.

ARAM. Permitidme, Porthos, que yo soy...

D'ART. Caballeros, no hay que apresurarse, ya os llegará vuestra vez. Permaneced en vuestros respectivos lugares, como Athos, cuya calma y sangre fria no puedo encareceros bastante, y dejadme á mí el honor de la iniciativa que ya he tomado. [Sacando la espada con un ademán terrible.] Por otra parte, yo soy el que debo empezar, porque tengo con este caballero un negocio particular; y yo empezaré, en fin, porque lo deseo, porque lo quiero. [A Mordaunt.] Vamos, señor, en guardia.

MORD. Y yo, caballeros, permanezco frío espectador de vuestro entusiasmo, y no hago mas que admiraros. Os poneis á discutir quién ha de ser el primero que se bata conmigo, y ni siquiera os dignais consultarme á mí, á quien me parece que esto le atañe un poco y muy de cerca. Es verdad que yo odio á todos vosotros; pero este odio tiene diferentes grados: es verdad que yo espero mataros á

todos; pero tengo mas interes en matar al primero que al segundo; mas en matar al segundo que al tercero, y mas en matar al tercero que al último. Reclamo, pues, el derecho de elegir á mi primer adversario; y si me negais este derecho, matadme, que yo no me batiré.

PORT y ARAM. Es muy justo.

MORDA. Entonces, yo elijo por mi primer adversario á aquel de entre vosotros que, no creyéndose ya digno de titularse el conde de la Fère, se hace llamar Athos.

ATHOS. [Meneando la cabeza.] Señor Mordaunt, entre nosotros no puede haber duelo; tributad á cualquiera otro el honor que me dispensais.

MORDA. ¡Vaya! He aquí ya uno que tiene miedo.

D'ART. [Brincando.] ¡Mil rayos os abrasen!... ¡quién es el que ha dicho aquí que Athos tenia miedo!

ATHOS. [Con una sonrisa de tristeza y de desprecio.] Dejadlo que diga, d'Artagnan.

D'ART. Pero, ¡y es esa vuestra resolucion, Athos!

ATHOS. Sí, é irrevocable.

D'ART. Pues no hablemos mas. [á Mordaunt.] Ya lo habeis oido: el señor conde de la Fère no quiere dispensaros el honor de batirse con vos. Elegid entre nosotros el que ha de reemplazarlo.

MORDA. En no batiéndome primero con él, me es indiferente batirme con cualquiera. Echad en un sombrero unas cédulas con vuestros nombres, yo sacaré una, y me batiaré primero con el que la suerte señale.

D'ART. Me gusta la idea.

ARAM. En efecto, así se concilia todo y no habrá quejosos.

PORT. Pues á mí no se me hubiera ocurrido esa idea; y sin embargo es muy sencilla.

D'ART. Vamos, pues, Aramis, escribid nuestros nombres; pero con aquella menuda y bonita letra con que escribais á Mariquita Michon, avisándole que la madre del señor queria hacer asesinar á milord Buckingham.

[ARAMIS se acerca á la escribanía de Cromwell. Corta tres pedazos de papel iguales, escribe sobre cada uno de ellos un nombre, y los presenta á Mordaunt. Este, sin leerlos, le hace seña que da por hecho lo que hizo: Aramis enrolla los papeles, los pone en un sombrero que presenta á Mordaunt, quien toma de él uno que deja caer en el suelo sin leer.]

D'ART. ¡Ah venenosa sierpe! renunciaria al grado de capitán de mosqueteros que me toca de derecho, solo porque mi nombre estuviese inscrito en esa cédula.

ARAM. [Leyendo el papel en alta voz.] D'Artagnan!

D'ART. Ah! ¡conque hay justicia en el cielo! [Volviéndose á Mordaunt.] Creo que ahora no se os ofrecerá ninguna nueva objecion.

MORDA. Ninguna. [Sacando la espada y apoyando la punta sobre la bota.]

D'ART. Étais listo?

MORDA. Os espero.  
D'ART. Entonces, ojo avisador, porque manejo muy bien la espada.

MORDA. Y yo tambien.

D'ART. Me alegro, porque eso tranquiliza mi conciencia. En guardia.

MORDA. Un momento. Empeñadme, caballeros, vuestra palabra de que no me atacareis tumultuosamente, sino cada uno á su vez.

PORT. ¿Y qué, nos haceis esa pregunta por tener el placer de insultarnos?

MORDA. No, sino por tener, como acaba de decir el señor, la conciencia tranquila.

D'ART. [Mirando en torno suyo.] Lo que yo he dicho tiene una alusion muy diferente; y en esto puede haber algun misterio.

PORT Y ARAM. Os doy mi palabra de caballero.

MORDA. En ese caso, señores, despejad: dejadnos libre la sala, y colocaos en cualquier rincón, como lo ha hecho el señor conde de la Fère, que si no ha querido batirse, parece que conoce al menos las reglas del duelo. Que el campo quede libre, porque nos hace falta todo.

ARAM. En hora buena.

PORT. ¿Cuántas dificultades para darse una estocada!

D'ART. Sí señores, despejad, es preciso que este caballero no tenga ni el mas pequeño pretexto que le sirva de disculpa; aunque, hablando con el debido respeto á su persona, parece que no busca otra cosa. En fin, ¡estais pronto, señor?

MORDA. Sí. [cruzan las espadas.]

D'ART. ¡Oh!... ¡reculais!... ¡volvéis cara! me es igual; en esos giros, la ventaja es mia. Ya veo apenas vuestra cara de vinagre; estoy enteramente á oscuras; en medio de la sombra. No teneis idea de lo incierta que es vuestra mirada, sobre todo, cuando teneis miedo. Miradme un poco de frente; observad mis ojos, fijadme un poco la vista, y vereis una cosa que vuestro espejo no os ha mostrado jamas, es decir, un mirar leal y franco. (Mordaunt extrañando, se encuentra junto á la pared, en la cual apoya su mano izquierda.) Ahora sí, mi caro amigo, que ya no extrañareis mas. Caballeros, ¿no habeis visto nunca un alacran clavado en la pared? ¡no, eh? pues vais á verlo ahora. (En el momento en que, mas encarnizado que nunca, despues de una finta rápida y corta, se lanza como el relámpago sobre Mordaunt, la pared parece abrirse, Mordaunt desaparece por la rendija abierta, y la espada oprimida entre los dos muros, se rompe. Da un paso atras y la pared se cierra.)

Caballeros!—Venid!—Echemos abajo esta puerta.  
ARAM. (Yendo á d'Art.) Ese hombre es un vivo demonio.  
PORT. [Metiendo su espada en la puerta secreta.] ¡Sangre de Bacó! ¡se nos escapa, se nos escapa!  
ATHOS. (Sordamente.) Mejor.  
D'ART. ¡Me lo presumia!—¡Voto á bríos!

me lo presumia!—Cuando el miserable ha dado vuelta á la sala, recelaba yo alguna infame maniobra de su parte; casi queria adivinar que tramaba algo; ¡pero quién se habia de figurar esto?

ARAM. Es una horrorosa desgracia que nos envia su amigo el diablo.  
ATHOS. No, es una dicha palpable que nos envia el Eterno.

D'ART. En verdad, Athos, que os amilanaís demasiado. ¿Cómo podeis decirnos á nosotros cosas semejantes? ¿no comprendéis acaso la situacion? El miserable nos va á enviar cien cepas de hierro que nos molerán como grano en este almirez del señor Cromwell. No hay que detenernos: en marcha: si permaneciésemos aquí cinco minutos mas, hemos concluido nuestra existencia.

ATHOS Y ARAM. Teneis razon, sí, en marcha.  
PORT. Y adónde vamos?  
D'ART. A la posada, á recoger nuestros equipages y nuestros caballos: de allí, si Dios quiere, á Francia, en donde á lo menos conozco la arquitectura de las casas. Nuestra falua nos espera, y por vida mia que es una felicidad; vamos, pues.

Todos. Vamos, pues. [Vanse.]

## CUADRO X.

El Relámpago sobre el ancla de espía. Se ve el coronamiento de la cámara de popa, con una ventana ancha que da á la mar. El puente á la izquierda: debajo de la cámara de popa, un compartimiento lleno de pipas grandes ó toneles, colocados unos encima de otros; los unos reales y los otros pintados. Hay una escalerita en este compartimiento que se comunica con el puente. Bajo este, a la izquierda, otro compartimiento, con dos puertas; la una á la derecha, y se abre sobre el depósito de los toneles; y la otra a la izquierda. Hanacas y mesa colgada: es de noche.

### ESCENA I.

Un centinela sobre del puente. GROSLOW, MORDAUNT.

CENT. ¡Ah de la barca! ¡Alto ahí! ¡quién vive!

(Groslow sale por la izquierda, tiene puesto un capote de pescador y cortada la barba.)

UNA VOZ AL FONDO. Oficial, enviado del general Cromwell.

GROS. El santo y la seña, y avanzad.... Señor Mordaunt, ¿qué sucede? ¡se ha frustrado el proyecto!

MORD. (Sobre el puente, mirándolo con aten-

cion.) ¡Cómo! ¡sois vos, coronel! me alegro mucho.... Al contrario, amigo mio, todo va perfectamente. Y á bordo, ¿no hay nada de nuevo?

GROS. Nada; pero ya que estais aqui, decidme, ¿qué ha habido por allá?

MORD. Todo ha sucedido como debia esperarse, á medida del deseo.

GROS. Entonces....

MORD. [Enseñándole el pañuelo anudado por las cuatro puntas.] Entonces ya veis que estoy al corriente de cuanto pasa.

GROS. Cierto.

MORD. Pues no perdamos tiempo, porque ellos van á llegar muy pronto.

GROS. ¿Quiénes son ellos?

MORD. Esos cuatro conspiradores que han querido llevarse al rey, y no lo han logrado.

GROS. ¡Ah! sí, comprendo; son aquellos á quienes el señor Cromwell destina.... ¿qué vienen, decís?

MORD. Sí, y á pesar de la prisa que me he dado para ganarles la delantera, durante mi marcha que ha sido rápida y pronta, oia á cada paso detras de mí, y no muy lejos, el relincho de sus caballos. Que vienen no hay duda, y lo peor es que tal vez os conozcan, desconfien y....

GROS. ¡Ca!.... imposible.... Con este marseille.... luego, ya veis, la noche está tan oscura.... y ademas, conforme á la orden del general, me he quitado la barba; y por último que sabré muy bien disfrazar la voz.

MORD. En efecto es así, porque yo mismo he tenido no poca dificultad en conocerlos. ¿Y en dónde los hospedareis?

GROS. En la cámara de popa; precisamente sobre el cargamento de vinos.

MORD. Pero ellos tienen tambien criados.

GROS. Los criados los pondremos en el entre puente; y los aseguraremos con gruesas puertas que tienen magníficos cerrojos.

MORD. ¿Y yo? porque si ellos me ven, se echa todo á perder.

GROS. Vos, en mi camarote, detras de un tabique falso que parece ser el costado del barco: allí hay un escondite impenetrable, hasta para los aduaneros que persiguen el contrabando: os respondo que allí no os verán; en fin lo vereis y....

MORD. (Con la vista fija en el mar.) Aquel es un barco que viene hacia aquí.... ¡Oh! ahora sí....

GROS. Teneis vista de lince....

MORD. (Mirando siempre.) Tengo la vista de un hombre que tiene la vida pendiente de una mirada. Os aseguro que aquel es un bote que viene á bordo.

GROS. En efecto, ahora ya lo veo.... centinela, alerta, y no olvidéis la consigna.

CENT. Está bien, mi comandante.

MORD. Ahí vienen todos, sí, todos.

GROS. Vamos, ocultaos hasta que se hayan instalado: venid.

CENT. ¡Ah del bote! ¡alto ahí! ¡quién vive!

D'ART. Luis y Francia.

GROS. (Volviendo.) Dejad que atraquen.

## ESCENA II.

GROSLOW, D'ARTAGNAN, ATHOS.

GROS. Os esperaba con impaciencia.... á bordo, caballeros.

D'ART. (Deteniendo á Athos.) Aguardad un momento, Athos, que esa no es la voz del patron Crabbe, ni tampoco es esa su figura.. en fin, no es él.

ATHOS. ¿Quién sois, amigo? ¡y por qué decíais que nos esperabais! yo no os conozco.

GROS. Lo sé, milord, y sé tambien que buscáis al patron Crabbe; pero ahora no podeis verlo.

D'ART. ¿Y por qué no hemos de verlo?

GROS. ¡Ay, milord! porque mi pobre cuñado, el patron Crabbe, se cayó esta mañana del mastelero de gavia, y por poco se hace añicos una pierna.

D'ART. (Receloso.) ¡Vaya un accidente desgraciado! ¡Cuidado, Athos, mucho cuidado!

GROS. A pesar de eso, milord, nada temais, que aquel pañuelo blanco anudado por las cuatro puntas, que tiene vuestro compañero en su mano, y el que yo tengo tambien anudado en mi bolsa, os probarán....

D'ART. [A Athos.] En efecto, esa es la señal. [A Groslow.] Sin embargo, se necesita otro dato mejor que ese.

GROS. Teneis razon, milord; vos habeis prometido á mi cuñado, el patron Crabbe, setenta y cinco libras si os desembarcaba sano y salvo en Boulogne, ó en cualquier otro punto de la costa de Francia, y el punto, por supuesto, á vuestra eleccion.

ATHOS. [A d'Artagnan.] Y ahora, ¿qué decis de esto?

D'ART. Digo que.... [Dándose diente con diente en señal de despecho.]

ATHOS. Me parece que ahora no tenemos razon para ser desconfiados.

D'ART. Con todo, debemos desconfiar siempre.... y á bordo mismo vigilaremos á este hombre; y si no anda derecho, pronto le daremos su merecida.

ATHOS. ¡Conque ya puedo llamar á nuestra retaguardia! ¡Grimaud! Dí á esos caballeros que suban, y despacha el bote que nos trajo.

GROS. ¿Vuestras señorías se quedan á bordo?

ATHOS. Sí.

D'ART. Un momento. ¿Qué tripulacion teneis!

GROS. Diez hombres, milord, y yo.

D'ART. ¡Diez!.... eso me tranquiliza. Y decidme, ¿dónde nos hospedais?

GROS. Aquí, milord, en la cámara de popa.